



El despenador de la sefiorita Suci 1

Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente inmorales, todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué tener la menor importancia si que era, según todas las apariencias, de índole menor: había cuenta de que tomaste en algo tan cotidiano como lo es el que un despenador se funciona.

— Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y **señaló con la mano derecha**, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dejó una mirada leñosa, algo cansada, a la mujer que tenía enfrente —, considerando, mi querida señora, que nada obligaba a la muchacita a salir de la cama a las... — **señaló con la mano derecha** y bregó los papeles en busca de... —

— Las 5:35 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — el presidente consultó con un cierto respeto que había encontrado el renglón que buscaba en su par de diccionarios de segundo antes de que la voz se elevara — Las 5:35 de la madrugada y a nuestra muchacita aquí presente, no había nada que la obligase a levantarse de la cama (¿Dónde está, pues, el drama?

En qué se aparta

— ¡Cielo santo, mi diosita no lo sabes! — protestó con viveza un saluberrero de cabello castaño que ejercía los días banicos como abogado — Al drama, señora, se lo había perdido la paja la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no propiamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño congreso desfilado a los jardines colindantes al palacio episcopal.

— Y como se daba la circunstancia de que por añafadura no me da alta de su incumbencia — el presidente **señaló con la mano derecha** esta vez con el gesto repetitivo del que — está en abstracción.



de puntillas y con los zapatos en la mano a veces, con la hora pegada a los talones y la corbata colgada del codo, que ya se la pondría en algún semáforo porque la tía soltera de la del tercero era una señorita de una más que muy cierta — “¡pero que muuuuucho, oiga!”, solía echarle años de sobra (en su inconmensurable largueza¹) y una “u” bastante larga la del cuarto (número 2) sin querer dar a entender, “entendámonos”, que es que “yo, mire usted, no es que quiera a ver si usted me entiende decir que” — edad más que terciada que no iba a entender cierto tipo de flaquezas de la carne de sus vecinos más ni mejor de lo que hubiera comprendido las de un marciano o las de cualquier otro de los seres impensables y extraños de los que, se venía rumoreando aunque nadie se atreviese a concederles crédito ni darles pábulo, poblaban nuestro sistema planetario; pero vaya si, y pese a que se la tuviese por una pobre vieja ignorante, entendía, aunque callase y dejara correr el agua porque, como ella decía, “¿qué sentido tendría que le cortara el paso no teniendo intención de beberla?”.

— ¿Qué bebe entonces, vino? — Preguntaba mordaz la deslenguada de la de Correa.



¹ Y haciendo oídos sordos a sus protestas, un tanto forzadas y que ella (en su bien aprendido papel de mujer perspicaz con el que estaba encantada y dispuesta a conservar costara lo que costase sin importar a quién ni a qué precio hubiese que sobornar) sabía detectar a la legua como meros melindres de quien no quiere dar la sensación de estar abusando de la generosidad del /de la benefactor/a o desinteresado/a donante que, a su vez, se defendía con fervor aduciendo “no hay nada de que dar las gracias, yo me estoy limitando a tasar las cosas en su justa medida y dar a cada cual lo suyo sin que me duelan prendas ni exigir ningún tipo de avales”.